EL BOSQUE PERDIDO

En un pequeño pueblo, vivía un niño que no tenía nombre. Ese niño quería encontrar *El bosque perdido,* visto antes en un libro; pero, no sabía dónde se encontraba. Le preguntó a su abuelo, que era muy listo:

- Abuelo, ¿dónde está *El bosque perdido*?
- Niño, no sé dónde está. Pregúntale al vecino, que es explorador.

El niño fue a su casa y le hizo la misma pregunta:

- ¿Dónde está *El bosque perdido*?
- No me suena de nada. Pregúntale a mi prima, que es investigadora.

El niño fue a la cocina del vecino y allí estaba ella. El niño la interrogó:

- ¿Dónde está *El bosque perdido*?
- No sé dónde está. Ve a preguntarle al hombre más viejo que vive en este pueblo.

El niño llegó a su casa, llamó a la puerta e hizo otra vez la misma pregunta:

- Oiga, ¿dónde está *El bosque perdido*?
- ¿Cómo has entrado aquí? *El bosque perdido*, ¿qué es eso?
- No sé, por eso se lo pregunto.
- Chaval, seré viejo, pero no soy el más listo; aunque, conozco al hombre más viejo y sabio de todos los tiempos. Vive en la ciudad. Vete a buscarlo; seguro que él lo sabe y puede ayudarte.

El niño estaba cansado; pero tenía la esperanza de encontrarlo. Cuando llegó a la ciudad y lo encontró, le preguntó lo mismo que a las demás personas:

- ¿Sabe usted dónde está *El bosque perdido*?
- Niño, es un bosque perdido y lo que está perdido ya no se puede encontrar. Vete por donde has venido.

El niño rabioso se fue llorando a su casa. Por cada lágrima que echó, nació un nuevo árbol en *El bosque perdido.*

Patricia Colmenero Castilla

1º de ESO A

EL SECRETO DEL BOSQUE

Oyó un ruido. Cruzó el claro con su caballo, y llegó al lugar donde lo había escuchado. Allí descubrió el origen del ruido.

Detrás de un gran tronco, había un hombre, si se podía llamar así. Era más alto que cualquier otro, medía unos dos metros; tenía el pelo corto y muy blanco; su piel era color caramelo; sus brazos, fuertes; a la espalda, llevaba un arco con flechas, y solo llevaba unos pantalones de piel. Estaba inconsciente y tenía algunas heridas.

Debía curarlo, así que, con ayuda de un tronco, lo subió al caballo y se fue a su cabaña. Unos días después, despertó. Al principio estaba desorientado, pero se calmó cuando ella le contó lo ocurrido. Entonces él le contó lo que le había pasado.

Le dijo que venía de un lugar parecido a la Tierra, pero sin ciudades y con muchísimos kilómetros de bosques. La gente vivía en armonía con la naturaleza y construía sus casas en las copas de los árboles. El primer día de cada año, se abría un portal en un lugar de ese mundo, que lo comunicaba con la Tierra.

Él había salido de caza, cuando lo atacaron unas fieras. Huía por el bosque cuando tropezó con una piedra y, sin querer, atravesó el portal. Cuando despertó, ya estaba en la cabaña.

Ella había escuchado todo atentamente. Estuvieron hablando mucho rato, y decidieron que se quedaría hasta que volviera a abrirse el portal, al año siguiente. Durante ese año, se hicieron algo más que amigos, y cuando llegó el momento de su marcha, ella lo dejó todo y se marchó con él.

Se cuenta que, el primer día de cada año, se escuchan voces en el bosque.

Paula Herrero
4º de ESO A

VIDA = INSTITUTO

La vida es como el instituto. Irremediablemente, después de los nueve meses de gestación, tienes que nacer; de igual modo, cuando acabas el periodo del colegio, debes enfrentarte a la ESO. Los primeros años te obligan a ir; pero, posteriormente, eres tú el que decide si continuar y llegar hasta el final. Podrías, al contrario, abandonar antes y, en consecuencia, no lograr tu objetivo. De la vida puedes escapar, aunque esa no sería la opción más conveniente. O quizás tengas mala suerte y, pese a que tú lo desees con todas tus fuerzas, por uno u otro motivo, no logres quedarte y te veas forzado a abandonar.

Por eso, mientras puedas, lucha por conseguir tu meta.

No estarás solo. Conocerás a muchas personas. Unas pocas te acompañarán durante todo el camino, otras estarán contigo solo en ciertos momentos. Diviértete. Comparte tu alegría con ellas. Algunos días serán mejores, otros peores; pero, a pesar de que te parezca una rutina, no habrá ninguno igual. Vivirás muchas situaciones, todas ellas diferentes, todas especiales. Quédate con las mejores. Las que rememores con una sonrisa en la boca serán las que, con el tiempo, te evoquen esos instantes de felicidad. Entonces, vive solo para esos momentos. Para lograr los máximos posibles. Para convertir cada ocasión en uno de ellos. Para que estos cursos sean todos maravillosos. Aprende. Utiliza todas tus experiencias, todos tus recursos. Consigue tus metas. No te rindas. Dalo todo. Porque, aunque no lo parezca, el tiempo pasa volando. Cuando te quieras dar cuenta, estarás acabando.

Segundo de bachillerato. Selectividad. Fin de exámenes. Fin de este periodo. Fin de algo único e irrepetible.

Marta Hervalejo Colmenero
2º de Bach. B (Ciencias y Tecnología)

Hálito

(Poema atonal arrítmico: dura y pura prosa)

1
1 Removía el café como quien espera el fin del mundo.
Se levantó entonces en la penumbra para ver amanecer.
En aquel único día se acercó a la fría ventana.
Pensó en sus víctimas .. ..
(Y) Sintió miedo .. ..

(Da capo?)

José Luis García Casquero
Profesor

- Hálito: Aliento o suspiro y también soplo poético (si no estro). Aquí, breve espacio de tiempo –también para la creación. Es un título apropiado (dudé entre suspiro y aliento; pero suspiro tiene habitualmente un matiz de emoción o lamento, y aliento se tiñe del de ánimo).
- (Poema atonal…): Es obviamente irónico. Hasta el hipérbaton de la fórmula prosaica la invierte y pervierte. Pero es también una vergonzante confesión de la impotencia creativa: no es un microrrelato, ni tampoco un poema. Sin embargo, todos las líneas son "versos".
- Por atonal y arrítmica, la clave está vacía y el ritmo es 1:1
- Removía el café…: Remite al famoso microrrelato de Monterroso; aunque en este microrrelato no haya un despertar –se trata más bien del "desayuno"-; ni un probable (¿?) dictador…; pero sí hay (o pretende haber) la dolorosa sensación del inevitable peso de lo que sucede, de la imposibilidad de romper lo cotidiano.
- Se levantó…: Explicita el momento –amanecer. Pero es necesario: lo cotidiano es gris, y el nuevo día no augura nada bueno, ni nada nuevo.
- En aquel único día…: ¿Qué único día? Es el punto álgido de la historia. Puede ser el de un condenado a muerte, o de cualquiera de nosotros en el día de nuestra vida, o el día señalado para el "acontecimiento definitivo", o el del profetizado -y anunciado en el propio microrrelato- fin del mundo…
- Pensó en sus víctimas.. ..: El texto no decae. No puede decaer porque es breve y es angustioso y –sobre todo- no hay después. ¿Qué víctimas? Las que nos hacen culpables, las que nos transforman en su infierno, o por las que el condenado lo es a muerte. Y como no poema, los dos pies del metro clásico están vacíos
- (Y): Lo requiere el texto. Podría sobrar; pero sería una yuxtaposición que aliviaría o aligeraría la implicación causal, de correlato de la oración anterior.
- Sintió miedo: Por ser el único día, por ser culpable, porque no hay esperanza…
- .. ..: Son imprescindibles (podían a un lector no avisado recordarles los latidos del corazón; pero no hay que olvidar que se pretende, aunque falsamente, que no haya ritmo -1:1-).
- (Da capo): Es sarcástico… y como tal, aún muestra mayor debilidad que el paréntesis anterior. Inevitable e ineludible, sin embargo. Es necesario romper el clímax, para ofrecer una posible escapatoria, una salvación posible… Pero triste: es volver a empezar un cotidiano único día de culpa y miedo.

LA SORPRESA DEL PRIMER DÍA DE CLASE

Érase una vez el primer día de clase de un curso pasado. Yo estaba sentada en mi pupitre esperando, impaciente, a nuestra maestra, pues nos tenía que dar una magnífica noticia (o eso pensábamos nosotros...). Por fin, nuestra profesora entró en el aula y nos comunicó algo increíble:

-Queridos alumnos, quiero deciros algo muy especial:

-Hoy se va a incorporar un nuevo compañero de clase. Espero que lo recibáis bien y lo tratéis como es debido. Se trata de un ser muy particular, que no es como vosotros. Os presento a Bambú.

Al instante, un pequeño monito entró en el aula con cara de susto y nos miró atentamente; mientras, nosotros, permanecíamos boquiabiertos, mudos, sin decir ni una sola palabra. La maestra, sin embargo, siguió explicando:

-Bambú es un monito de unos bosques cercanos y nos lo han asignado a nuestro centro, porque ha desarrollado la inteligencia de un humano de vuestra edad y tenemos que enseñarle para que siga los mismos estudios que vosotros.

Todos nos quedamos callados, hasta que alguien levantó la mano para hacer una pregunta:

-Profesora, y... ¿qué es exactamente lo que tenemos que hacer nosotros?

-Vosotros tendréis que ayudarle a ser como un chico normal.

Así transcurrieron los días, con nosotros tratando de enseñar al pequeño Bambú cómo conseguir ser un humano normal. Lo peor llegó entonces, poco después cuando... De nuevo, nuestra profesora se dirigió a nosotros:

-Chicos, sé que estos días le habéis cogido gran afecto a Bambú; pero... tengo que comunicaros que debe regresar a los bosques. La investigación ha concluido.

Nosotros sabíamos que ese día iba a llegar; pero, la verdad, es que no nos hacíamos a la idea. Alguien dijo desde el fondo de la clase:

-¡Oh!, ¡qué pena! Con lo que nosotros lo queremos.

A pesar de los esfuerzos que hicimos para que Bambú se quedara, a la mañana siguiente se lo llevaron. Parecía el final; sin embargo, para nuestro interior sabíamos que, pronto, volveríamos a encontrarnos.

Ainara Cilleros Marcos

1º de ESO A. Mención especial

EL LEÓN Y EL ESCLAVO

Había una vez un hombre, esclavo de Roma, que sobrevivía peleando en el Coliseo, con una espada torcida y un escudo medio roto. Una vez, cuando lo sacaron a pelear se enfrentaba a un león enorme y hambriento. Empezaron a luchar por la supervivencia y, al segundo zarpazo, le rompió el escudo y le mandó la espada volando. Se levantó y vio como el león se acercaba lentamente; el esclavo, harto de vivir peleando por su vida, se arrodilló ante él. El león, con los ojos de pena, se dio la vuelta y le perdonó la vida.

Julio César, quien presidía las peleas, como vio que el hombre había sobrevivido a las garras del león, lo dejó en libertad para que se marchara. El esclavo salió corriendo por la puerta libre y feliz. Antes de alejarse, contempló al león atado por el cuello y se dio cuenta de que el animal vivía como él cuando era esclavo. Sin pensarlo más, lo liberó.

Juntos se marcharon al campo. Sobrevivieron cazando, cogiendo frutas y plantas salvajes. Los dos vivieron felices para siempre.

Jaime de Arriba López,

1º de ESO A. Mención especial

Sin título

El Principito tenía el corazón partido por la Bella Durmiente. Para verla tenía que atravesar el valle de los lobos, hacia el este del Edén. Por la niebla se desvió de su ruta y acabó en el palacio de la Bella y la Bestia. Allí había una fantástica fiesta de disfraces con un invitado de honor, el Flautista de Hamelín.

Alberto Merchán Díez
2º de ESO B. Mención especial

Sin título

Me pareció que era tarde, miré el reloj y, efectivamente, marcaba las doce en punto. Aquel día descubrí que me había hecho hombre, tenía pelo en el pecho y la barba me hacía picar la cara, desde aquel día ya no volví a ser el mismo.

Iván Rodríguez Lorenzo
4º de ESO B. Mención especial.

Sin título

Me pareció que era tarde. Andaba deprisa, no llegaba a los sitios. Todo el mundo me miraba. Andaba deprisa. Todo parecía que iba más despacio. Era tarde.

Todo era un sueño extraño.

Ester Ordad Montejo
4º de ESO B. Mención especial

LAZARILLO Y EL CIEGO

Después de haberme despertado de aquel fuerte golpe en la cabeza, y tras unas semanas de reposo, decidí ir a buscar al desagradecido de Lázaro, ya que a fin de cuentas era un chiquillo y ¡tiempo tendría yo de educarlo...!, aunque el árbol que crece "doblado", jamás su tronco endereza, pensaba yo entonces.

Lo primero que se me ocurrió, fue volver a Salamanca a buscarlo, donde él había nacido y donde estaría su pobre madre, lo que me permitiría también contarle todas las travesuras que me había hecho el desgraciado de su hijo. ¡Y eso que le había tratado yo como si fuese un hijo mío de mis entrañas!

Al llegar a Salamanca, fui a la posada en la cual su madre trabajaba, pero allí no encontré al pillo y su madre me aseguró llorando no haber visto de nuevo a su hijo, desde el día en que me lo encomendó. Pasado el primer arranque, decidí no buscarlo más, ya que sería como buscar a una aguja en un pajar.

Para aprovechar el viaje a Salamanca, me quedé unos días en aquella hermosa ciudad pidiendo en las calles, sobre todo en la puerta de la catedral, que es un lugar de mucha ganancia y donde me acaeció lo siguiente:

Mientras estaba allí pidiendo, de repente oí unos pasos de una persona que se había parado silenciosamente en frente de mí. Yo pensé que sería alguien que querría robarme, por ello puse las manos encima del sombrero donde tenía las pocas monedas que la gente me echaba, ya que la experiencia es el bastón de los ciegos, y ya alguna vez que otra me habían robado; pero no parecía querer robarme, sino que, con sigilo, dejó un bulto en el suelo y volví a escuchar su pasos que se alejaban rápidamente. Me agaché para ver qué podía ser aquella extraña limosna y al tacto vi una cesta de mimbre nueva y no muy grande y dentro unas mantas casi nuevas. Hacía mucho frío, así que agradecí el acuerdo del desconocido, las cogí inmediatamente y me las eché por el regazo. A los pocos segundos, algo dentro de la cesta empezó a moverse y al momento a llorar, era un niño pequeño que no tendría más de una semana de vida.

En un principio pensé, ¡cruel de mí!, en dejarlo allí; pero me arrepentí, le volví a cubrir con las mantas y me hice cargo de él. ¡Cuánto agradecí a Dios que me iluminara en aquel momento y que me enviara este ángel del cielo!

Lo llamé Lázaro, como mi antiguo mozo, aunque en nada se parece a aquel pícaro, al que Dios haya perdonado y del que tantas veces me burlé con saña. ¡Dios no me lo tenga en cuenta!

Blanca Hernández Diosdado
1º de Bach. AB. Mención especial

Historia del escudero después del Lazarillo

Me manda Vuestra Merced que cuente mi historia por entero... El principio ya lo sabe, pues lo dejó contado en sus memorias un tal Lázaro de Tormes. Cuando supe que iban a venir a arrestarme, dejé al pobre muchacho allí solo, donde pensé que se valdría con su astucia y su buena estrella; y muy asustado fui a esconderme al bosque, donde me refugié en una pequeña cueva que pude encontrar a orillas de un arroyo. Durante aproximadamente cinco meses estuve malviviendo y pasando penurias en aquel lugar, hasta que harto de esa situación, retorné a mi antiguo hogar. Cuando llegué a mi casa, entré con mucho sigilo; ya que no quería hacer sospechar a nadie mi vuelta. Nada más entrar me tumbé en el suelo a descansar donde estuve durmiendo un rato, pero la suerte dura poco en casa del pobre, y un tremendo griterío me despertó. Eran las gentes del pueblo a las que yo había estafado, que esperaban vigilantes mi vuelta, y enfurecidas, venían a buscar venganza, ya que no satisfacción, pues sabían que no iban a poder cobrar las deudas. Y no mucha fortuna, como os podéis imaginar, tuve en ese momento. Agradecí la intervención de unos guardias, porque si no me hubieran arrancado de entre las manos de los furibundos estafados hubiera muerto ese día; pero no había llegado mi hora. Malherido y confuso después de la gran paliza recibida por las gentes, fui llevado a la cárcel por no haber pagado mis deudas, para después ser ejecutado.

Y aquí estoy, en mi celda, un día antes de mi ejecución, contándole mi pobre y triste historia a Vuestra Merced.

David Pérez Boyero
1º de Bach. BB. Mención especial